

# LOS ANALES DEL ESPEJO DE LHardy

**L**A crónica de Madrid siempre tuvo un fidedigno relator en las imágenes que cotidianamente se reflejaron en el fondo de eso que ya asume una auténtica categoría decorativa en la vida social y que llamamos entrañablemente así: el espejo de "Lhardy". Mueble o artilugio que exhibe un alma casi humana en la hondura de su paisaje.

Si bajo la frondosa copa del árbol de Sagunto se fraguó la restauración alfonsina y a la sombra del árbol centenario de Wad-Ras pudo firmarse la paz de la guerra de Africa, el espejo de "Lhardy" acogió en su trasfondo la fugaz iconografía de una época ya periclitada, de unos hombres que, en la cháchara de sobremesa, hicieron la historia de las postrimerías del siglo XIX y, más contemporáneamente todavía, la de los episodios políticos que llegaron hasta un inmediato ayer.

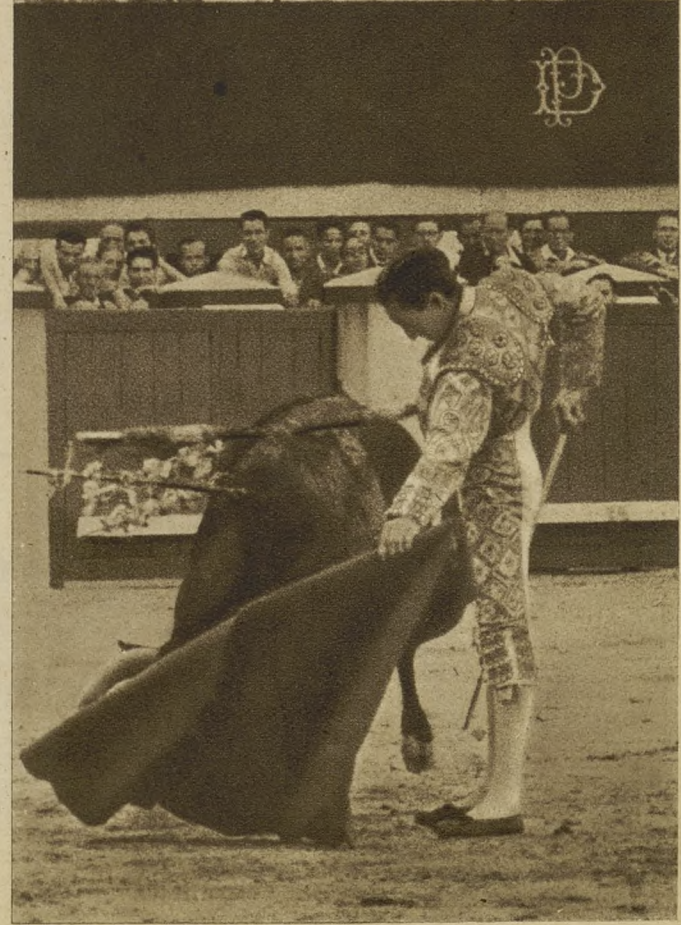
De esta forma, situándonos como espectadores ante el espejo de "Lhardy", piélagos insondables donde naufragaron tantas imágenes históricas, no nos sería muy difícil evocar ahora, extrayéndola de las nieblas del olvido, la pimpante figura de "La Fornarina", así un capítulo de la vida galante del Madrid de antaño, con algo de cuadro de Manet o de Edgar Degas, mientras la joyante bailarina se deleitaba en la compañía de unas venerables barbas decimonónicas, a semejanza del pasaje bíblico de Susana cuando fué sorprendida por los viejos en los pensiles colgantes de Babilonia. Y dándole marcha atrás al tiempo, si ello nos fuese posible, empleando la técnica retardada que utiliza el cine para el análisis de los movimientos, nos sería bien fácil llegar así a la vieja estampa de "Frascuelo", o a la de "Lagartijo el Grande", o a la de D. Antonio Cánovas del Castillo, centrando un conciliábulo político de su época. Pero si hemos de evocar hoy alguna memorable figura de cuantas reflejó ese cronista mayor de Madrid que fué siempre el espejo de "Lhardy", ha de ser la de Manuel Rodríguez, "Manolete".

Cronista veraz a su manera, con apariencias de reducido proscenio plateado para reflejar los más varios auditorios, los más refinados comensales frente a las más barrocas y sabrosas viandas, el espejo de "Lhardy" siempre recogió las luces de las lámparas y los candelabros, dispersándolas a los cuatro ángulos de las más discretas penumbras, proyectándolas sobre aquellos rincones que fueron propicios al "se dice", al sucedido erótico del momento y a la chismografía política. Espejo, en fin, con tanta posibilidad biográfica como también la tuvo aquel Agustín Lhardy, patrón de la casa, pintor casi famoso que militó en la escuela paisajística de Carlos de Haes, que trasplantó un exótico Barbizón a la Pedriza de Manzanares, tan diestro en la confección de gustosísimas minutas como en el manejo inspirado de sus pinceles. Porque si las cenas de "Lhardy" fueron inolvidables como las temporadas de ópera del Teatro Real, tuvieron, además, el encanto histórico de una continuidad social largamente sostenida en el curso del tiempo, contra viento y marea, resistiendo los embates populares de aquella época, perennemente dividida en público de sol y sombra; tiempo ingenuo y vociferante de las asonadas, de los pronunciamientos militares y las charangas del pan y toros.

¡Qué gran elocuencia sordomuda la del espejo de "Lhardy"! Elocuencia sólo comparable, quizás, a la de las mariposas cuando vuelan sobre el campo limitando con sus alas el contorno de la flor asediada, situando la relativa profundidad de las lejanías bucólicas, apenas si con otra mensura para mantener su secreto que el estímulo del aire en favor de su perenne sigilo.

He aquí, pues, al espejo de "Lhardy" volviendo a su noble oficio de antiguo cronista de Madrid y siendo, a su vez, el decano de los espejos alfonsinos.

Y aquella noche del 11 de diciembre de 1944, su trasmundo multiplicaba las imágenes de un fingido tendido de sombra en el que los espectadores ostentaban, quien más, quien menos, una señalada representación en el mundo de las artes españolas. El espejo de "Lhardy" asumía así la significación que en la historia de nuestras letras tuvo el célebre cuadro de Antonio María Esquivel, porque si fueron doscientos comensales los que se reunieron aquella noche en torno a Manuel Rodríguez, "Manolete", cada una de las nueve musas hu-





biera podido elegir entre ellos un buen plantel de sus más dilectos corifeos.

El espejo de "Lhardy", metamorfoseando las escenas que reflejaba en su fantasmagórica profundidad, parecía entonces la pantalla cinemática de una proyección de películas de paso estrecho y, a veces, simulaba el ascensor ómnibus de un rascacielos neoyorquino que transportase los socios de un club nocturno al piso 54, mientras que, en la más irreal de las apariencias, parecía elevar a la categoría de personajes plásticos los reunidos en aquella asamblea de amigos severamente vestidos de negro—el traje de etiqueta fué rigurosamente exigido en la convocatoria del banquete—, o bien a la simbología de unos personajes del Greco agrupados en cóncave, a los que adentraba en su propio campo visual, extraviándolos entre las mentidas nubes del humo de los cigarrillos, que fingían cúmulos y cirros toledanos, rompimientos de gloria célica y otros fenómenos meteorológicos.

Somera y fugaz antología iconográfica la de aquellos amigos del gran torero cordobés, tan ejemplarmente estoico ante el peligro como ante los halagos de la fama. Cada poeta, pues, intervino aprestando su arpa, cada orador contribuyendo con su elocuente instrumento ditirámico, y todos, al unisono, entonando el orfeón de las alabanzas ocasionales, mientras que "Manolete", prodigando el ritmo parsimonioso de su empaque, regía las pausas, los calderones de silencio y el "crescendo" conversacional con ese gesto sobrio del director de orquesta que se sabe la partitura de memoria, conduciendo infaliblemente la irrupción del primer violín o del solo de flauta, dándole entrada al violoncelo impaciente o al retrasado oboe de aquella orquesta verbal bien disciplinada.

Quizás aquel acto, que resultó memorable en los fastos de la vida intelectual española, sirviera a muchos de sus protagonistas para madurar la idea de un poema en fárfara, la concepción de un futuro busto en mármol o la realización de un posible cuadro taurino al estilo de Vázquez Díaz. Quizás aquel convivio sirviera entonces de vivero o de jardín de aclimatación para que medrase esa flor intelectual que cada poeta, filósofo, pintor o escultor allí congregado habría de cultivar, años después, en la obra unánime de los artistas españoles, cuando honraron la gloria póstuma del gran torero cordobés.

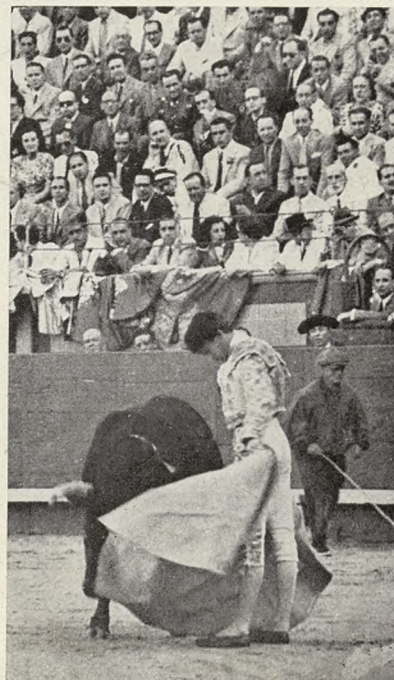
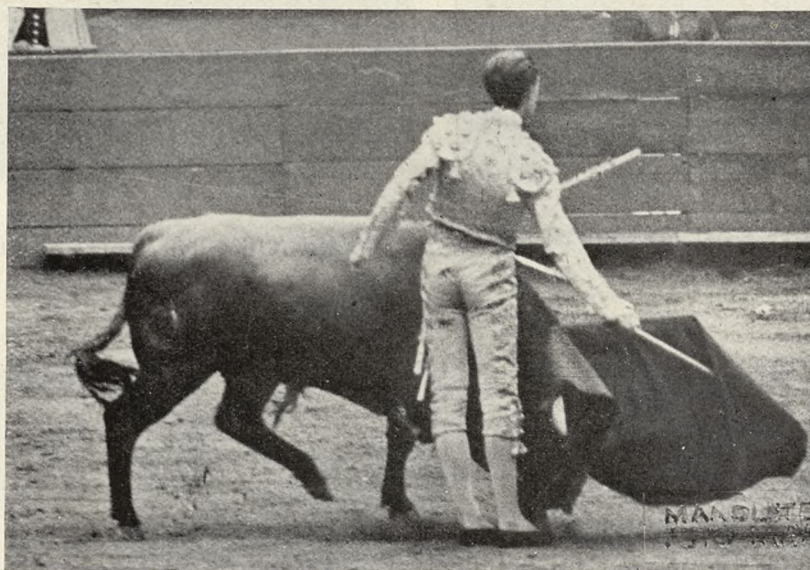
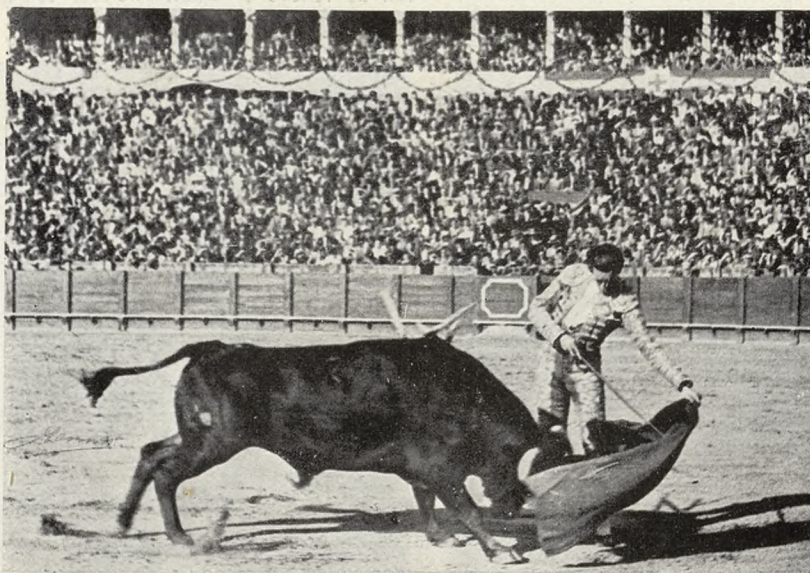
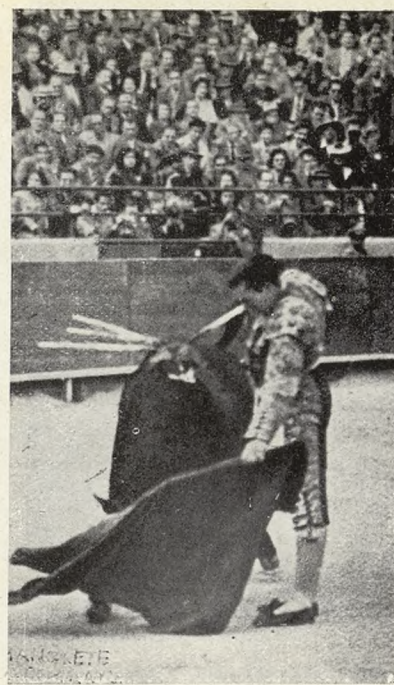
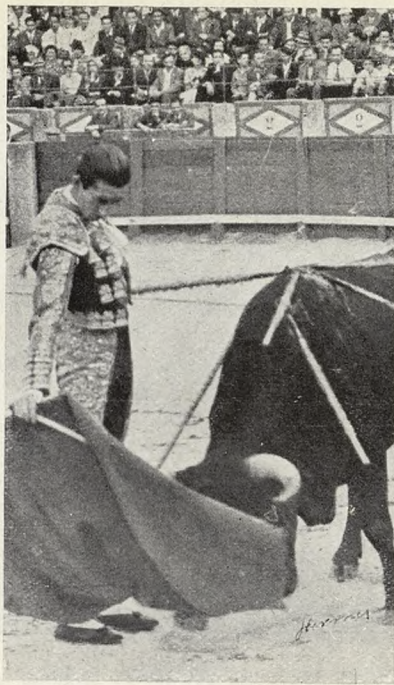
Torero, en fin, de clásico linaje, bestiarío ilustre, esto es, gladiador con fuertes alusiones olímpicas que, al nacer, hubiese sido marcado por los dioses con el sino patético de los elegidos, allí estaba "Manolete", rodeado del júbilo de sus procónsules, gozando los dones de la amistad entre las rosas habitualmente deshojadas en todos los banquetes, exornado con el laurel de sus victorias cumplidas, es decir, de su temporada taurina felizmente concluida, siendo un testimonio invicto de su propia gloria, no apareciendo revestido con el oro, la seda y la sangre de la brega, ni con la clámide romana, sino con la ropilla negra de su atavío andaluz, a la vieja usanza flamenca, según los cánones de un Petronio de la torería cordobesa.

Y como quiera que se festejaba allí a un gran torero español, aquel acto tuvo solemnidad de corrida de Beneficencia, si bien de corrida nocturna. Hubo sus caballeros en plaza, sus cortesías a la portuguesa, su cabalgata histórica, con clamores y charangas unánimes, y un júbilo multitudinario siempre reflejado en el espejo presidencial, que fué el palco regio de aquella noche.

Los fuegos de artificio fueron verbales y poéticos y ardieron en vivas girándulas y metáforas que iban apagándose en las aguas frías del espejo, con algunos tropos graciosamente corporeizados, así el Ninot de las "fallas" valencianas.

Y todo esto pudo ser posible en la era del tecnicolor, cuando Walt Disney, nuevo funámbulo del celuloide, cruza sobre los abismos de la fantasía tendiendo un puente de largo metraje y pasando sobre él, llevando al Pato Donald cogido de la mano...

ADRIANO DEL VALLE



## 2

### BRINDIS A "MANOLETE"

Está la muerte en pie. Con sus caireles, desgarrada la luz, yace en la arena; en los palcos del cielo tiembla el brío y hay un ardor que sube de la tierra. Del olivar de Córdoba ha llegado un viento antiguo que la tarde estrena. Como un rumor campero de caballos, como el río hecho sangre de tormenta, así respira el pecho de la plaza. Está Manolo en pie, frente a la fiera, clavado por las mismas zapatillas, que no han de ver el aire con la suela. Con el capote abierto hay que inventar la vida y la belleza, jugando en el albur de la cornada, la estatua y la destreza; quedas fijo en el viento; ágil, en la pelea, para vencer con la emoción, inmóvil, la lunada cabeza.

¡Mariposa de sangre, desplegada con sus alas de gracia, al riesgo abierta! Y así ganar, tarde tras tarde, al toro, a la luz, a la arena, al clavel reventón que se deshoja, muerto por la ansiedad en la barrera, al relámpago rojo de la espada y al aplauso que ardiente se despeña.

Porque trajiste—cuando así ganabas— en tu capa de sol la primavera, yo levanto mi copa entre los tuyos, Manolo, por tu estoque y tu muleta.

José María ALFARO

Córdoba al pie de la sierra —la que corona su río con un altar berroqueño y un retablo de lentiscos—, tiene, en lo alto, cipreses, y abajo, toros y olivos; ermitas casi en las nubes y, arrodillados, los trigos; y en el mármol de sus patios —mirando, un miramelindo—, el surtidor rejonea, con luz, el aire retinto.

Allí naciste torero porque lo quiso tu sino, con tu tristeza de sauce y tu empaque de obelisco. Facistol, centras el ruedo como quien sostiene un libro, si del Guerra la sentencia, la estampa de Lagartijo.

Si el sol gira en tu muleta, tú, girasol amarillo, en tu jardín de alamares, que no burlan el peligro sino con el leve vuelo de la abeja junto al lirio, susurrando, esquivas, áureo, el más berrendo mugido,

Cuando la sangre patricia oye su pulso contigo, si evangelizas los toros con tu evangelio taurino, Séneca y San Rafael te aplauden desde el tendido y el Arcángel te hace un quite casi a farolazo limpio.

De la sangre de mil toros otros mil renacen vivos, sepulturas de tu estoque al descabellar sus mitos. Tu Medina Azahra tiene baluartes numantinos, califatos de jazmines, campamentos de estoicismos...

Y cuando Lucena apaga sus velones encendidos y el Guadalquivir cornea contra puentes y molinos, Córdoba, al velar tu sueño, vela al mejor de sus hijos...

Adriano del VALLE